

Un rescate chaqueño¹

A Ransom in the Chaco

Isabelle Combès

Instituto Francés de Estudios Andinos, (UMIFRE 17 MAEDI/CNRS USR 3337-América Latina), Santa Cruz, Bolivia
kunhati@gmail.com

Resumen: El relato hecho por Cecilia Oviedo de su cautiverio de seis meses entre los toba del Pilcomayo boliviano en 1884 es un documento excepcional que testimonia de la situación de la ‘frontera chaqueña’, y permite dar cuenta de aspectos como las tensas relaciones entre misioneros y colonos, los antecedentes del gran guerrero toba Taicoliqui, y las dimensiones económicas de las guerras y tratados criollo-indígenas. También se presenta como un condensado de las representaciones maniqueas de la frontera en boga entre los criollos, en claro contraste con la realidad vivida.

Palabras clave: frontera; representaciones; cautiverio; toba; Chaco; Bolivia; siglo XIX.

Abstract: In 1884, Cecilia Oviedo told her tale about being a captive of the Tobas of the Bolivian Pilcomayo. It is quite an exceptional document that reveals the situation on the ‘Chaco frontier’, as well as other aspects such as the tense relationship between missionaries and settlers, the past of Taicoliqui, the great Toba warrior, or the economic dimensions of the wars and treaties between the settlers and the Indians. Oviedo’s story also portrays a Maniquean representation of the frontier, typical among creoles, in stark contrast to everyday reality.

Keywords: frontier; representations; captives; Toba; Chaco; Bolivia; 19th century.

Enero de 1884. Poco al sur del río Pilcomayo, en el Chaco boliviano, los indígenas tobas atacan un pequeño convoy cargado de víveres y dinero destinados a la nueva Colonia militar de Crevaux. Los asaltantes se hacen con el dinero, los víveres, las armas y los animales de los viajeros; también llevan dos cautivos: Cecilia Oviedo, una joven recién casada, y su hermano menor Manuel. Seis meses pasan durante los cuales su familia, los Padres franciscanos de la región y los tobas entablan negociaciones para su devolución. El 2 de julio, finalmente, Cecilia es liberada; quince días después los tobas también entregan a Manuel.

1 Este trabajo se inscribe en el proyecto de investigación I+D+i Ref. HAR2015-64891-P (MINECO/FEDER, UE) que se desarrolla en el seno del TEIAA (2014SGR532), grupo de investigación consolidado por la Generalitat de Catalunya.



Recibido: 9 de enero de 2017; aceptado: 3 de marzo de 2017

INDIANA 34.2 (2017): 265-285
ISSN 0341-8642, DOI 10.18441/ind.v34i2.265-285
© Ibero-Amerikanisches Institut, Stiftung Preußischer Kulturbesitz

Trágica sin duda, la historia de Cecilia y Manuel Oviedo es asimismo banal. Ni su cautiverio ni su desenlace resultan sorprendentes en el Pilcomayo fronterizo de esta época. Sí lo es el relato que la misma Cecilia redactó apenas cinco días después de su rescate. Este texto es el único testimonio directo que conozca de un cautiverio en el Pilcomayo boliviano. A través suyo, el rescate de los cautivos se presenta como un condensado de la historia, de la realidad y del imaginario de la frontera chaqueña y de sus antagónicos actores.

Vaivenes en la frontera

En la década de 1880 el curso chaqueño del Pilcomayo sigue siendo una región ampliamente desconocida, en su mayor parte fuera de la órbita de la ‘civilización’. Del lado boliviano, sólo los confines occidentales del Chaco están poblados por criollos y demás representantes del frente de colonización. Las haciendas grandes y pequeñas salpican los últimos estribos del piedemonte andino; los poblados de Caiza, Itiyuru y Yacuiba concentran a la población criolla desde la década de 1840 y las misiones franciscanas también se han instalado, desde mediados del siglo, entre indígenas mayormente chiriguano. A estos centros se deben agregar, aunque muy poco numerosos todavía, algunos fortines y colonias militares como la Colonia Crevaux, fundada a orillas del Pilcomayo en agosto de 1883.

Estos asentamientos marcan físicamente la ‘frontera’ chaqueña, es decir el punto extremo de presencia efectiva y relativo control de la sociedad nacional sobre la región. Más allá, Pilcomayo abajo y hacia los llanos chaqueños orientales, está ‘el desierto’, la ‘tierra adentro’, donde viven indígenas no sometidos: tobas, noctenes, chorotis y ‘tapietes’, sin contar a no pocos chiriguano renegados que, escapando de las haciendas y de las misiones, encontraron refugio entre los grupos chaqueños.²

Los estudios dedicados a las fronteras hispano-indígenas o criollo-indígenas han evocado hasta la saciedad un mundo ambiguo, equívoco, un límite poroso que separa a la vez que une a dos mundos, y contribuye a construirlos. La frontera chaqueña de finales del siglo XIX no es la excepción. Ahí conviven, se enfrentan, pelean y negocian múltiples actores, de diversos orígenes: indígenas pilcomayenses, chiriguano del piedemonte, criollos, soldados provenientes de los Andes bolivianos, franciscanos italianos. No reina la mayor armonía entre ellos.

Del lado de los ‘blancos’, las relaciones son tensas entre los grandes y pequeños hacendados y los misioneros franciscanos. Ambos compiten por la mano de obra de los nativos ‘mansos’, y los colonos acusan las misiones de acaparar tierras. A su vez, los franciscanos destacan la crueldad de los criollos, que empuja a los indios a la rebelión.

2 Los noctenes son una fracción de los actuales wichí, conocidos como weenhayek en Bolivia. Por ‘tapietes’ se entiende en esta época tanto a los actuales tapietes, de habla guaraní, como a los nivaclés del Pilcomayo medio, de habla mataguaya. Sobre la presencia de chiriguano entre los tobas, remito a Combès (2014).

A la inversa, para los colonos, al proteger a los indígenas los Padres amparan a ladrones y asesinos y les dan en la práctica carta blanca para seguir acosando a los poblados.³ Los frailes gozarían de una siniestra influencia entre los ‘bárbaros’ del río abajo, que les coloca en posición de mediadores en caso de conflicto o robo. Dice por ejemplo el explorador francés Arthur Thouar:

Lo que exaspera a los bolivianos de la región contra los misioneros, es que para recuperar sus bestias tienen que pagar como derecho de rescate 50% de su valor. Sin esta cantidad, el propietario perjudicado no puede obtener la intervención de los padres para que los tobas u otros indios restituyan los animales robados, y esto hace que los misioneros tengan muchos enemigos (Thouar 1997: 400).

De ahí a pensar que los franciscanos sean cómplices o incluso orquestadores de los robos, hay un solo paso que muchos franquean. Los Padres fueron así acusados de haber saboteado varias expediciones de exploraciones río abajo, “cuyos resultados temían como perjudiciales al monopolio que ejercían de sus indios”;⁴ hubo quienes designaron al Padre Doroteo Giannecchini como responsable del estrepitoso fracaso de la expedición Rivas en noviembre de 1882 y, más grave aún, de haber organizado el asesinato de los miembros de la expedición Crevaux en abril del mismo año (Combès 2017).

El mundo indígena también está lejos de ser homogéneo. La diversidad lingüística y étnica (existen grupos de habla guaycurú, mataco-mataguaya, y guaraní) sólo es un componente de un panorama abigarrado, y las guerras entre etnias, o entre parcialidades de un mismo grupo étnico, siguen vigentes. A ojos de los colonos, los indígenas se dividen entre ‘mansos’ y ‘bárbaros’: entre los primeros se cuentan los chanés y algunos maticos de Itiyuru, y los neófitos chiriguano de las misiones; los segundos están divididos a su vez entre aliados y enemigos. Aliados son, por ejemplo, los güisnayes (wichí) y su jefe Sirome, presto a auxiliar expediciones, acoger misioneros o entablar negocios entre los poblados criollos;⁵ enemigos por excelencia son los tobas, “horda de fieras con figura humana, avezada en el robo y el asesinato” (Gareca 1885).

Robos y asaltos de los indígenas y expediciones ofensivas de los colonos cruzan en ambos sentidos el impreciso límite de la frontera chaqueña. No son los únicos y, a pesar del clima de permanente tensión, los vaivenes son constantes entre ambos lados de una línea cambiante. Los ‘bárbaros’, ya sean aliados como Sirome, o sospechosos como el toba Peloco,⁶

3 Sobre la situación general en la frontera chaqueña y en particular los conflictos que oponen a franciscanos y colonos, remito a García Jordán (2001) y Langer (2009).

4 Corrado (1884: 436). Corrado se refiere a la expedición dirigida por Sebastián Cainzo en 1866.

5 Campos (1888: 112-113, 123); Giannecchini (2006: 625).

6 En 1863, Peloco aparece como ‘alzado’ y huye de la misión de San Francisco. El mismo año, apoya a la expedición del Padre Gianelli río abajo y acompaña incluso a varios criollos hasta Itiyuru (Gianelli 1988: 292-293, 297). En lo que conocemos de su agitada vida, Peloco parece haber tenido una actitud más que cambiante para con criollos y misioneros (véase Combès 2017).

suelen salir a las misiones franciscanas o los pueblos criollos. Misioneros, soldados, comerciantes y exploradores recorren, con mayor o menor suerte, las orillas del Pilcomayo. Malhechores y desertores suelen encontrar refugio en las tolderías del río abajo: es el caso de Luis Oliva quien, acusado de haber robado caballos, huye entre los tobas del Pilcomayo y está resuelto “a morir en medio de los bárbaros y no volver a ver más gente civilizada” (Paz Guillén 1886: 32). O bien el de Condori, soldado boliviano que desierta hacia los tobas, y aparece más tarde establecido como “capitán de una tribu [...] célebre por la multitud de sus ovejas y ganado vacuno”.⁷ María, la esposa de Condori, lo acompaña en la fuga y, una vez abandonada por su marido, “se radicó con los tobas [...] con quienes se hallaba ya emparentada por alianzas de sus hijos” (Campos 1888: 89).

Otras personas que cruzan la frontera, aunque muy a pesar suyo, son los cautivos de guerra, blancos e indígenas:

Muy común era en el Chaco el despojo violento que hacían algunos fronterizos por negocio de especulación, arrebatando a los hijos de los salvajes cuando en las persecuciones a éstos llegaban a sorprender a sus familias para venderlos en el interior, prefiriendo siempre a las mujercitas que las llaman cuñas. Ésta ha sido la causa más grave para que aquellos indios mantengan un profundo rencor y odio hacia los blancos (Rivas 1882: 12).

La costumbre es que los cautivos acaben trabajando al servicio de su captor, o bien vendidos en la ciudad para correr la misma suerte.⁸

Al igual que los colonos, los indígenas prefieren raptar mujeres y niños, y no cargar con el estorbo de hombres adultos más propensos a resistir o a fugarse. Esta preferencia es, de hecho, una constante en todas las Américas (Operé 2001). Es muy poco lo que sabemos sobre aquellas mujeres y niños que fueron llevados ‘tierra adentro’ por sus secuestradores indígenas. Algunos (algunas) se adaptaron a su nueva vida y, como la esposa de Condori, escogieron quedarse. Nordenskiöld cuenta una anécdota sobre Cayuguari, un jefe chiriguano que escogió huir de la misión franciscana refugiándose en el Chaco: “tiene por nuera una mujer blanca raptada. Cuentan que Cayuhuari fue con los tobas a visitar las fábricas azucareras del norte argentino llevando a su nuera. Los propietarios de la fábrica ofrecieron a ésta salvarla de los indios. ‘No quiero dejarlos’, dijo ella. ‘Tengo mis hijos entre ellos’. Esta respuesta la honra” (2002: 150).

Otros pasan largos años entre sus dueños, hasta que logran ser rescatados por su familia o, más generalmente, por los Padres franciscanos de las misiones. Tal es el caso de José Napoleón Correa, de Caiza, cautivado con sus padres adoptivos en septiembre de 1866; los padres y un niño de pecho fueron liberados por el intermediario de los

⁷ Corrado (1884: 428 y ss.); Paz Guillén (1886: 53).

⁸ Preparando una expedición al Chaco en 1883, el prefecto de Tarija Joaquín Lemoine escribe: “he resuelto que de los salvajes que sean cautivados, se entregue la mitad a los captores, como es de uso, y se remita el resto a esta ciudad” (Carta a Andrés Rivas, Tarija, 18.01.1883, ABNB MH 198/16).

franciscanos en noviembre del mismo año, pero José siguió en cautiverio porque los colonos de la frontera no liberaron al hijo de un cacique toba reclamado para su canje.⁹ El caso de Correa es ambiguo, pues según Corrado el joven cautivo “se amañó con [los tobas] y sus costumbres” y, hasta volver a aparecer en Caiza 19 años después de su secuestro, vivía entre ellos “y como uno de ellos”.

Sin embargo, la mayoría de los cautivos blancos del Pilcomayo sólo permanece por un tiempo relativamente breve entre los indígenas, hasta que se paga su rescate. Ése es el caso de Cecilia Oviedo y de su hermano.

Una venganza

Si Cecilia y su hermano menor, de apenas 10 años, acompañan el contingente militar que se dirige a la Colonia Crevaux en enero de 1884, es porque su flamante esposo, Aurelio Moral, había “concebido el noble deseo de ser uno de los primeros en contribuir a la formación de colonias”¹⁰ —es decir, instalarse en la flamante Colonia—.

El convoy sale el 4 de enero de Caiza. El 7, apenas a cuatro leguas de distancia de su destino, sobreviene el asalto. “Tobas en gran número”, o bien “más de 200 tobas y chiriguanos”¹¹ se abalanzan sobre las cargas y acaban matando a cuatro hombres del convoy, entre ellos Moral. Los demás integrantes de la tropa logran refugiarse en el monte y salvar su vida. Los tobas escapan, llevándose un cuantioso botín: todos los víveres, 22 mulas, diez caballos, diez rifles, y 3482 pesos bolivianos de la remesa para la Colonia.¹² Cecilia y Manuel, tomados como cautivos, son parte del botín.

La excesiva confianza del intendente de la Colonia, que no llevó la escolta suficiente, o el imperdonable descuido del jefe del fortín que no dio alcance como debía al convoy,¹³ son factores que sin duda propiciaron el ataque. Pero la explicación del hecho la da el Padre Gianneccchini, en aquel entonces prefecto del colegio franciscano de Tarija: “todo eso fue consecuencia legítima de la muerte y traición hecha a Cuserai y compañeros, mientras venían al fuerte para hablar a los colonos y entregar los caballos, etc.”¹⁴

9 Corrado (1884 : 434, 439); Notas de Thouar sobre el P. Gianneccchini, 25.08.1886, anexos de “Circunstancias qui ont précédé et suivi le massacre de la mission Crevaux”, 5.10.1899, ANF/17/3009B, dossier Thouar, doc. 9.

10 La Estrella de Tarija. Diario de la Tarde (1884b).

11 Soruco (1884); Vargas (1884).

12 Escobar (1884); La Estrella de Tarija (1884a).

13 “En previsión a cualquier acontecimiento hice aviso al jefe señor Escobar y al comandante del escuadrón volante, para que mandasen alcanzar el contingente, que haber tenido voluntad dichos señores, no habría tenido lugar este siniestro [...] Otra causa inmediata ha sido la poca munición, pues cinco o seis tubos habían llevado cada uno, lo que demuestra mucha imprevisión y demasiada confianza del señor intendente” (Raña 1884).

14 Doroteo Gianneccchini: “Recuerdos de la Colonia Crevaux en 1883”, AFT 1-913: 1v.

El episodio al que se refiere Giannecchini ocurrió dos meses antes en la Colonia Crevaux. Cuserai era un toba renegado de larga data, inspirador de robos, rebeliones, fugas desde las misiones y demás fechorías. Gracias a este frondoso prontuario, figuró en primera línea en la lista de los sospechosos por el asesinato de la expedición Crevaux en 1882. Sin embargo, ese día de noviembre de 1883, Cuserai llegó en son de paz a la Colonia Crevaux. Estaba acompañado por otros tres jefes tobas, entre ellos Cutaicoliqui. Sin querer escucharlos, el jefe del fortín, Gumercindo Arancibia, ordenó disparar. Cuserai falleció y Arancibia le reservó un destino espeluznante: “el cadáver del infeliz Cuserai fue bárbaramente desventrado y descuartizado, su cabeza asada y traída a Tarija”; “le abrieron el vientre, el pecho, el estómago [...] Le despedazaron todas las entrañas, y lo dejaron a los gallinazos”.¹⁵

Al cortar la cabeza de Cuserai, Arancibia quiso probablemente vengar a su manera a Crevaux, cuyo supuesto cráneo acaba justamente de encontrar en las cercanías.¹⁶ Sea lo que fuere, un solo toba escapa con vida de la matanza: (Cu)taicoliqui o, como también se lo nombra, Taicoliqui. En los años posteriores, Taicoliqui se convertirá en el máximo líder de guerra de los tobas bolivianos. Nordenskiöld por ejemplo anota que “el jefe toba Taycolique se ocupa sistemáticamente como nadie de equipar a su gente con armas de fuego” (2002: 9). Leocadio Trigo a su vez lo describe como “astuto y sagaz”, y confiesa al mismo Nordenskiöld que Taicoliqui es el único líder de verdad, el único “gran hombre” que haya encontrado en el Pilcomayo.¹⁷ El rapto de Cecilia Oviedo constituye, pues, un antecedente a las hazañas del gran guerrero toba. Taicoliqui orquestó el asalto al convoy de Caiza, y los tobas confirman la intuición de Giannecchini: el ataque es una venganza por la muerte de Cuserai. Cecilia Oviedo cuenta:

Una toba, Petrona Yallá, que algo entendía el castellano, me dijo que todas esas demostraciones de triunfo y palabras que me dirigían, eran los cargos que suelen hacer las madres a los matadores de sus hijos y maridos; y que a causa de la muerte a traición que dieron los cuicos [soldados] en la Colonia Crevaux al toba capitán Cuserai y compañeros, cuando se presentó para hablarlos, yo había caído en sus manos, a título de represalia. Recién conocí la causa de mi cautiverio, la muerte de mi marido y de los demás, lo mismo que todo el robo que nos habían hecho en el asalto, y que el toba que me había agarrado era el único que había escapado de en medio de las balas, de los cuatro que se habían presentado a la Colonia (Oviedo 1884a: 3).

Y el mismo Taicoliqui confirma, al momento de devolver a Cecilia: “si he hecho la guerra, fue porque me hirieron en la Colonia y casi me mataron cuando me presenté con el finado Cuserai para hablarles” (Oviedo 1884a: 3).

15 Anales (2006: 1250-1251); Doroteo Giannecchini: “Recuerdos de la Colonia Crevaux en 1883”, AFT 1-913: 1v.

16 Arancibia (1883). Este cráneo resultó ser el de un indígena (véase Thouar 1997).

17 Trigo (1905); Nordenskiöld (2002: 122).

El asalto y la muerte de cuatro hombres del convoy responden entonces a una venganza “según su código [de los tobas]”,¹⁸ y tal vez incluso a una venganza al cuadrado. En otro texto, Giannecchini sugiere que el ataque de enero de 1884 fue una venganza por el “asesinato salvaje” de un tal Socó por parte de militares, en septiembre de 1882.¹⁹ Socó no era toba... pero casi. Se trata de un chiriguano de Tarairí que, junto con su hermano Cototo, se refugió entre los tobas al menos desde 1863.²⁰ La presencia de Cototo entre los secuestradores de Cecilia y la indicación de Eudogio Raña de que fueron tobas y chiriguanos los asaltantes, son indicios que pueden confirmar esta hipótesis.

Historia de un rescate

Apenas cinco días después de su liberación en julio, Cecilia escribió, bajo el título “Un rescate”, la historia de su cautiverio. Su texto fue publicado dos semanas después en el periódico tarijeño *El Trabajo*, y permite seguir sus pasos durante estos seis meses.

Los tobas la llevaron primero a la banda oriental del Pilcomayo, rumbo noroeste, hasta llegar a una pequeña laguna donde estaban sus toldos. Ahí celebraron la victoria con tres días de bailes, borracheras y fiestas. Cecilia indica haberse quedado dos meses en este lugar. Fue separada de su hermano pero, al estar en el mismo campamento, pudieron verse de vez en cuando. Dice la joven: “Mi hermano estaba a las seis cuerdas de mí, sus dueños de vez en cuando le daban licencia de venirme a ver. Empero, lo hacían acompañar y primero dejar la ropa que le habían dado para vestirse. Aquí recibí las primeras comunicaciones de mi tío y del Padre Guido, de Caiza” (Oviedo 1884a: 3).

En efecto las negociaciones ya han empezado para la devolución de los cautivos. A inicios de marzo, el corresponsal de un periódico de Tarija escribe desde Caiza:

Me dicen de Yacuiba que antes de ayer llegaron ahí varios indios del Pilcomayo, entre ellos un hijo del capitán Achuij, diciendo ser mandados por la tribu que tiene a los cautivos Cecilia y Manuel Oviedo, para pedir 10 cabezas de ganado, una carga de tabaco y otra de sal, y que entregarán a esos infelices cautivos que están sufriendo lo indecible.²¹

Así como Cecilia recibe cartas, también logra escribir. El mismo periódico anuncia:

Ayer se ha recibido la siguiente carta de los cautivos: ‘Mi querido tío, recibimos su apreciable carta. De las cosas que dice mandarnos no hemos recibido nada. Se ha concluido hasta el algarrobo y ya no tenemos qué comer. Sáquennos de aquí sin más demora, se lo pedimos por el amor de Dios y la Virgen Santísima. Cecilia y Manuel Oviedo’.

18 Doroteo Giannecchini: “Memoria del prefecto de misiones (Chimeo, 19.04.1885)”, AFT 1-927: 12; este documento fue publicado por Langer & Ruiz (1988: 367-370).

19 Doroteo Giannecchini: “Memoria del prefecto de misiones (Chimeo, 19.04.1885)”, AFT 1-927: 11-12.

20 Gianelli (1988: 295). Véase Combès (2014).

21 La Estrella de Tarija (1884b: 2).

Según Cecilia los tobas la llevaron de vuelta al río Pilcomayo en mayo. Posiblemente se haya quedado más tiempo en la laguna entonces. A orillas del río siguen las tratativas de rescate, ahora también por medio de los frailes franciscanos de la misión de San Francisco Solano: Cecilia indica que en este lugar empieza a recibir cartas de los Padres, y que los tobas envían a la misión “a un mataco de su cuenta” para negociar su devolución. No por eso cesa todo contacto con los criollos de Caiza, aunque las cosas no salen como previsto: “Mientras tanto, mis parientes mandaban por los chaneses de Itiyuru reses y regalos para mi rescate, ellos negociaban con los mismos, vendiéndolos a los tobas con la plata del contingente que nos habían robado en el asalto. Y los tobas nada recibían de los regalos; sólo el indio Cototo recibió una vaca, tabaco y sal”. Sin embargo, la promesa de más ‘regalos’ decide a los tobas a entregar a Cecilia y Manuel en Itiyuru, a donde se dirigen. Pero: “Al ver los regalos se descontentaron, y nada quisieron recibir, y resolvieron sacarnos por San Francisco. Nos regresamos a donde estuvimos antes” (Oviedo 1884a: 3).

De ahí más y mayores envíos por parte del tío de Cecilia: “las gualcas que pedían, sombreros, cuchillos, etc., para que alcanzasen para todos como decían los tobas, y resolvieron entregarme a mí sola por Itiyuru, y a mi hermanito por San Francisco”. Cosa que no es del agrado del tío, que quiere recuperar juntos a ambos sobrinos. Manda una carta con este pedido, que surte el efecto contrario: “El toba pretextó que quería también frenos, estribos, caballos y otras cosas, y la resolución fue regresarme atrás sin entregarme, y no quisieron recibir ni vacas ni regalos”.²²

Los tobas juegan sobre ambos tableros: criollos y frailes. Mientras rechazan las ofertas de Itiyuru y pujan para conseguir más cosas, siguen insistiendo del lado de San Francisco. Envían a la misión a una mujer que habla español, a la que Cecilia llama ‘María Toba’: no es otra, pues, que la ex esposa del desertor Condori, “que frisa en los 60 años” en ese entonces (Campos 1888: 89) –una María ‘hecha toba’–. Lleva cartas de Cecilia para los franciscanos. A su vuelta, María ofrece comprar Cecilia a su dueño, más exactamente cambiarla por un caballo y tela regalados por los Padres, y llevarla a la misión. Taicoliqui está por aceptar el trato, “empero otro toba le disuadió diciéndole que no estaba bien por San Francisco, que era mejor por Itiyuru, porque por ahí les habían ofrecido hartos cuchillos, sombreros, etc.; y mi dueño deshizo de nuevo el trato” (Oviedo 1884a: 3).

De ahí se desarrollan nuevas negociaciones con los colonos de Itiyuru y Caiza. Fernando Soruco, comandante de los fortines de la frontera, envía una nueva carta a Cecilia:

Me decía que les mandaba un poco de tabaco y pañuelos, y que les dijese que no me hiciesen ya padecer, que me entregasen en Itiyuru y que allí mismo se fuesen a vivir ellos, si querían

22 Oviedo (1884a: 3). *Gualca* es un quechuismo que significa ‘collar’, ‘cadena’.

las paces, etc. El toba me le hizo contestar que me iban a entregar por Itiyuru, pero a mí no más y no a mi hermanito; que mandasen por tanto diez vacas y cuatro caballos, sal y tabaco, tienda y todo lo que se les ocurría, para que los regalos alcancen para todos sus soldados [...] Luego de despachada la carta me bajaron a Cabayurepoti para aguardar las reses y regalos. Aguardamos como 20 días y nadie pareció (Oviedo 1884a: 3).

Tobas y cautiva vuelven entonces río arriba en busca de noticias, y Cecilia recibe nuevas cartas de Soruco y de su tío “en que [le] encargaban les dijera que lo que pedían era muy mucho”. A pesar de esta negativa los tobas parecen prestos a entregar a Cecilia en Itiyuru pero uno, “el toba Chocorí”, se opone: “los cristianos en Itiyuru los iban a engañar a traición y matar a todos, después de haberme entregado, y [mejor] que manden ellos a los chaneses aquí con los regalos”.

De ahí nuevos traslados de la cautiva: “Mi dueño entonces me llevó más abajo donde los matacos. De allí me regresó arriba y descansamos dos días en los chorotis”. Aunque Cecilia no lo indique, la comunicación debió seguir con los misioneros, porque finalmente los tobas regresan río arriba, y se dirigen hacia San Francisco. Es la última de tantas vueltas. María Toba asegura que el rescate de Cecilia es seguro y los frailes gastan más de 250 pesos en él.²³ La comitiva toba encuentra poco antes de llegar a neófitos chiriguanos enviados por los franciscanos, y juntos llegan finalmente a la misión. Es el 2 de julio, Cecilia está libre. Gratificados con una res y tabaco, los tobas regresan al Pilcomayo.

Una paz de papel

Dos semanas después del feliz desenlace, el 14 de julio, Manuel a su vez es liberado –es de suponer que a cambio de nuevos ‘regalos’ que no se especifican (El Trabajo 1884: 4)–. Llega el mes de septiembre, con el colofón de esta historia.

No pocas veces en América hispánica la devolución de cautivos sirvió como señuelo de paz y muestra de una voluntad conciliadora (Operé 2001: 128). El rescate de Cecilia es una muestra de ello. Ya a inicios de marzo el corresponsal de *La Estrella de Tarija* afirma: “tan luego que regresaron los chaneses, han pasado a esta banda dos tobas al pueblo del capitán Achuij, y allí han consultado entre muchos jefes indios, y todos por unanimidad han resuelto entregar los cautivos y tratar la paz”. Al entregar a Cecilia a los Padres franciscanos, Taicoliqui mismo declara: “Desde que ahora los cristianos y vosotros queréis las paces, y no ya la guerra, yo también las quiero; en señal de ello, he aquí que devuelvo y entrego a la señora a sus parientes” (Oviedo 1884a: 3).

De esta manera el 15 de septiembre se firma en San Francisco un tratado de paz con los indígenas del Pilcomayo. Quince tobas, cuatro noctenes, dos ‘tapietes’ (nivaclés) y tres chorotis declaran solemnemente:

²³ Certificado de los gastos del rescate..., 18.08.1884, AFT 1-876 (95) .

Cierren Ustedes todos los caminos de la guerra como lo hemos hecho nosotros, y si encontramos en alguna parte sangre, la cubriremos con tierra para que no se conserve ningún recuerdo. Nos hemos inferido grandes males de parte a parte y como ahora ya somos amigos, no tenemos que hacernos cargos ni reclamos de ningún género, porque si es verdad que nosotros hemos robado ganado vacuno, caballar y mular, y muerto *carais* y hecho cautivas algunas señoras, las que siempre hemos devuelto; Ustedes nos han quitado también caballos y mulas, nos han muerto mayor número de los nuestros, nos han hecho cautivos a nuestras mujeres e hijos en número infinito, jamás nos han devuelto a nadie. Así es que de lo pasado no hay para qué recordar nada.²⁴

El tratado está destinado de antemano al fracaso. En primer lugar, y aun suponiendo que los indígenas presentes estén sinceros en sus declaraciones, no pueden comprometerse por la miríada de bandas, parentelas y grupos del Pilcomayo. Hombres de prestigio y grandes guerreros sin duda, no son ‘dirigentes’ en el sentido occidental de la palabra, capaces de imponer o hacer respetar un acuerdo como ése a su gente. En segundo lugar el artífice del rapto y del rescate de Cecilia, y el primer demandante de la paz, Taicoliqui, brilla por su ausencia entre los tobas firmantes. Finalmente, las condiciones mismas del tratado merecerían figurar en una antología de mala fe:

- 1º.- No se opondrán Ustedes a que se siga asfaltando el camino al Paraguay ni a los trabajos que hubiere necesidad de hacer para proporcionar comodidad que se precisa.
- 2º.- Cesarán por completo los robos y asaltos a los cristianos, quienes tendrán la suficiente libertad para transitar por todos los caminos.
- 3º.- Si faltaren Ustedes a alguna de las condiciones estipuladas, el gobierno no estará en el deber de respetar más los tratados y tomará las medidas que creyese conveniente.
- 4º.- Una vez rotos los presentes tratados por parte de Ustedes no se aceptarán otros y se declarará la guerra de exterminio completo (AFT 1-910: 1v-2).

En otras palabras, nada está previsto si, por ventura, fueran ‘los cristianos’ los responsables por romper las paces. Sin embargo, no parecen muy predispuestos a respetar el acuerdo de paz. Ya en junio de 1884 un periódico protesta:

No sé qué móvil ha preparado la opinión del supremo gobierno y de algunos periodistas en favor de estas fieras rapaces, para que no se les persiga ahora que tenemos suficientes elementos para ello, y hay quien opine que se les debe proponer tratados de paz. Ya me figuro que los tobas entienden mucho de derecho internacional y que han de cumplir y respetar las condiciones de paz y comercio que estipulen entre nuestros representantes y los de ellos. La guerra que durante cuatro años han sostenido los habitantes de ésta entre los tobas, nos ha dado la suficiente experiencia para estudiar su carácter y condición, que se diferencia poco a la de las bestias: éstos agradecen el momento que reciben el favor y temen sólo al que puede herirle. ¿Con éstos se podrá hacer paces?²⁵

24 AFT 1-910: 1v. Este documento fue publicado (con algunos errores en la transcripción de los nombres indígenas) por Langer & Ruiz (1988: 252-254). *Carai* es la palabra guaraní que designa a los blancos.

25 La Estrella de Tarija. Diario de la Tarde (1884a).

Con semejantes inicios no extraña, pues, que cinco meses después de “los célebres tratados de paz con la tribu toba”, nuevos robos de ganado ocurran por Itiyuru, con un nuevo ataque a la Colonia Crevaux (y el robo en esta ocasión de varios animales del coronel Estenssoro, delegado del gobierno en la firma del tratado); por su parte, los colonos siguen clamando por “un escarmiento” a los tobas y su definitivo exterminio (Gareca 1885).

Que les cueste

La historia de Cecilia Oviedo es un episodio de las peleas cíclicas entre colonos e indígenas que devastan la frontera chaqueña de fin de siglo. Da fe, aunque desgraciadamente sin mayores detalles, del abigarrado mundo de la ‘tierra adentro’: sus secuestradores son tobas y chiriguano, entre los cuales vive una ‘blanca’ como María Toba, y que cuentan con la complicidad o el apoyo de los matacos y chorotis del río.

También es una ilustración luminosa de las más que tensas relaciones que existen entre los colonos criollos por una parte, y los misioneros italianos por otra. Los colonos, o parte de ellos, “a esta fatal noticia, no excitaron un momento para señalarnos [...] como a autores mediatos del alevoso asesinato”.²⁶ Y sin embargo los criollos no dudan ni un instante en pedir su intermediación a los frailes. “Todas las miradas y esperanzas por el rescate de los cautivos así de los deudos y amigos, como de las autoridades, convergían sobre nosotros; y cartas y oficios los más sumisos se nos dirigían, suplicándonos a agenciar el rescate a mérito, decían, *del influjo y autoridad que gozábamos en todo el oriente salvaje del Pilcomayo*”.²⁷ José Vargas, pariente de Cecilia, llega a la misión de Aguirenda para “implorar la redención de estos desgraciados con el R. P. Prefecto de misiones, Fr. Doroteo Giannecchini”:

Le dije: ‘Señor, vengo a nombre del pueblo carapareño [de Caraparí] y mío, a rogarle interponga su autoridad, influencia y caridad evangélica par el rescate de esos cautivos; que no economice gasto la misión, pues todo le será devuelto religiosamente; yo mismo, en este momento, le firmaré un documento asegurándole con mis intereses cualquier desembolso que Ud. haga; sólo Ud. y nadie más que Ud. con los demás Padres misioneros de la banda (Pilcomayo) ha de hacer este milagro’ (Vargas 1884).

Así como rescataban el ganado robado por los indígenas, los franciscanos eran de larga data los que también tramitaban la devolución de los cautivos. El mismo Vargas recuerda a Giannecchini: “Ud. fue el que un tiempo salvó del cautiverio a un niño de 10 años llamado Jerónimo Miranda, más tarde a la joven Carmen Avendaño y últimamente al jovencito Zevallos, cautivo en la expedición Crevaux”. Y aunque el Padre exasperado confiesa haber pensado “no prestar nuestro *influjo, autoridad* y cooperación eficaz al efecto, por las muchas calumnias, incluso esta última, con que nos habían saturado”,

26 Doroteo Giannecchini: “Memoria del prefecto de misiones (Chimeo, 19.04.1885)”, AFT 1-927: 12.

27 Doroteo Giannecchini: “Memoria del prefecto de misiones (Chimeo, 19.04.1885)”, AFT 1-927: 12 (énfasis de origen).

sí presta su auxilio y logra el rescate –sin que ninguna de las promesas de Vargas se haya cumplido–: “Nuestras misiones gastaron más de 250 \$ para conseguir el rescate, sin que hasta la hora que escribimos estos renglones hayan sido reindemnizados, no obstante las largas y amplias promesas que nos hicieron de reindemnizarlo todo, los mismos que nos suplicaban a interponer nuestro *influjo* en el rescate”.²⁸

Otro aspecto de la situación fronteriza que queda patente en la historia de Cecilia es la fragilidad de los fortines y demás colonias militares como la de Crevaux, permanentemente expuestas a los ataques de los indígenas y que pueden derrumbarse en cualquier momento. Dos días apenas después del rapto, el jefe de la Colonia Crevaux deslinda toda responsabilidad por lo que pueda ocurrir con la tropa a falta de sueldos y víveres (Escobar 1884). Dos meses después, “en Crevaux se teme una sublevación” de los soldados librados a su suerte.²⁹

Pero la principal enseñanza del rescate de Cecilia tal vez sea otra. Evidencia pues una dimensión de la guerra criollo-indígena que acompaña a la venganza a la vez que persigue otros objetivos. La historia contada por Cecilia es la de ásperas negociaciones entre tres bandos (frailes, colonos y tobas), que siguen las reglas de juego de un ritual bien aceitado. Pues si bien el asesinato de Aurelio Moral y sus compañeros pudo corresponder a una venganza por la muerte de Cuserai, también fue la oportunidad para un robo cuantioso. Los tobas no asaltaron a cualquier convoy, sino al que llevaba víveres y bastante dinero a la Colonia.³⁰ Este botín considerable completó la venganza, y Cecilia fue parte de él.

La misma Cecilia lo dice, su suerte estaba echada en el momento mismo del rapto: “La voluntad de los tobas fue siempre desde un principio de entregarme a los Padres”, a cambio de aquellos ‘regalos’ enviados por su familia o por las misiones (Oviedo 1884a: 3). La práctica no era nueva. A inicios del siglo XIX, el jefe chiriguano Cumbay declaraba: “desde la antigüedad ha sido costumbre el rescatar [a los cautivos] a peso de plata”;³¹ en las cuentas del tesoro departamental de Tarija figuran por ejemplo, en 1844, 50 pesos para los gastos de rescate de una cristiana cautiva de los “indios bárbaros”, y al año siguiente otros 50 para completar el pago.³²

El ‘rescate’ podía también convertirse, para los indígenas, en una manera de recuperar a los suyos cautivados por los blancos. Las mismas cuentas tarijeñas incluyen en

28 Doroteo Giannecchini: “Memoria del prefecto de misiones (Chimeo, 19.04.1885)”, AFT 1-927: 12-13.

29 La Estrella de Tarija (1884b).

30 No es ésta la primera vez que los tobas roban dinero contante y sonante además de reses u otras cosas. En 1882 también robaron el dinero de la expedición Crevaux (Combès 2017). En este fin de siglo, los indígenas del Pilcomayo, que salen regularmente a la zafra en los ingenios azucareros del Norte argentino y a los poblados criollos, conocen el valor del dinero.

31 ABNB Rück 206 (26.03.1809).

32 Partidas pagadas a los capitanes aliados, ABNB MI 1883 217/57: 59v, 60.

1842 siete pesos y cinco reales para el “vestido y alimento de dos indias chiriguanas” que se canjearon con una cautiva cristiana.³³ Giannecchini avisa a Vargas en enero de 1884: “lo que sí se debe preparar para el canje que han de pedir son los cautivos de ellos [...] yo tengo tanto interés como Ud. por estos desgraciados pero –me repitió–, el canje es muy necesario” (Vargas 1884); y Taicoliqui mismo declara a Cecilia: “si tus parientes te quieren rescatar, que les cueste, y sientan los efectos de la guerra que nos han hecho por las muertes y cautiverio de nuestras mujeres e hijos, como lo sentimos nosotros; y que si tus paisanos quieren que te devolvamos, ellos también que nos devuelvan a nuestros hijos que nos han cautivado” (Oviedo 1884a: 3).

No existe constancia que, en el caso de Cecilia y Manuel, se haya liberado a cautivos tobas para canjearlos. Lo que sí se hizo es entregar lo que Cecilia llama ‘regalos’: ganado, ropa, sal y tabaco –un contemporáneo calificaba con acierto el tabaco tan preciado por los indígenas de “moneda nacional del Chaco” (Campos 1888: 107)–. Y lo que también se hizo es regatear. Es “muy mucho” lo que exigen los tobas, protestan los criollos; se descontentan los indígenas por ‘los regalos’ y exigen más; y si dudan tanto entre entregar a Cecilia en Itiyuru o en San Francisco, también es en función del botín prometido para su rescate.

La historia del cautiverio de Cecilia Oviedo es la de un regateo de seis meses en todas las formas, que nadie cuestiona como tal: sólo se trata de pagar menos, o de recibir más. Se trata de una verdadera transacción comercial: “el cautiverio fue una actividad que, con el tiempo, se consolidó en una práctica comercial basada en el trueque de prisioneros. El cautiverio como subproducto de la guerra dio paso al cautiverio como actividad lucrativa” –o una “rama del comercio”– en términos de autoridades argentinas (Operé 2001: 20; Socolow 1992: 82).

La firma del tratado de paz en septiembre de 1884 representa otro buen negocio para los tobas involucrados. Para la ocasión, el coronel Estenssoro solicita a sus superiores: “dos docenas [de] cuchillos y una docena [de] ponchos extranjeros de algodón del precio más inferior, dos piezas barracán azul, dos de lienzo y una docena [de] sombreros de lana del país, con cintas coloradas. Todas estas especies se precisarán hasta dentro de 20 días, si no fuere posible antes, siendo indispensable hacerles este obsequio” (Estenssoro 1884: 2).

Aunque se busque entregar artefactos “del precio más inferior” –un regateo de nuevo–, la cuestión es que se los entrega. Franciscanos y autoridades literalmente ‘compran’ la paz a los tobas –y eso lo dice todo sobre el crédito que les merece sus grandilocuentes discursos de paz–. El ‘tratado’ o el ‘acuerdo’ no es tal: es una transacción. Una práctica de larga data también, que puede rastrearse en la época colonial, desde los ‘agasajos’ de virreyes a autoridades indígenas para conseguir paz y obediencia, hasta los ‘donecillos’ de tantos misioneros a sus neófitos para comprar el derecho de predicar. En

33 Partidas pagadas a los capitanes aliados, ABNB MI 1883 217/57: 53v.

1884, los indígenas ganan –por lo menos en lo inmediato– por partida doble: consiguen un tiempo de paz, y consiguen ‘regalos’. Lo que enseña la sencilla historia de Cecilia Oviedo, es que robos, rescates y tratados constituyen las caras económicas de la guerra entre indígenas y blancos. Consecuencias o derivados del conflicto armado, los ‘rescates’ lo transforman en una actividad lucrativa tan importante como la misma venganza, y tal vez no tan diferente de ella. Si los criollos quieren recuperar a sus cautivos, si las autoridades quieren conseguir oficialmente la paz y si los frailes quieren seguir predicando, se les hace, literalmente, ‘pagar caro’ por ello. “Que les cueste”, dijo Taicoliqui.

Contar la historia

Liberada el 2 de julio, Cecilia Oviedo escribe el 7 del mismo mes la historia de su cautiverio. Su relato ocupa tres páginas de periódico, y está distribuido en seis columnas y media. Se lo puede dividir en tres momentos: 1) el rapto, cuyo relato ocupa una cuarta parte del texto total; 2) el tiempo del cautiverio, que ocupa la mitad; y 3) la liberación, que ocupa la última cuarta parte.

La primera parte ofrece amplios detalles sobre el ataque del 7 de enero, que de alguna manera sirven para asentar la veracidad del relato. El asalto está descrito minuto a minuto, detalle a detalle:

A mi hermano Manuel se le había caído la silla a la barriga del animal: tuvo que seguir una distancia a pie, hasta alcanzar a mi marido que se la compusiera [...] En eso de componer la silla a mi hermanito, se le fue a mi marido su montura, quedando de a pie como una cuadra, hasta que pudo agarrar su bestia. Antes de eso ya cayó un flechazo en la mula de don Blanco.

Cecilia muestra su valentía (“Mi marido dándome su revólver me dijo ‘valor, hija, moriremos juntos’, yo empero no me podía resignar a morir entonces”), que llega incluso hasta el sacrificio, pues desecha la posibilidad de escapar para quedarse con su hermano: “Me quedé sola. Podía haberme salvado huyéndome al monte. Mas habiendo visto ya a mi hermano cautivo, no pude resistir a la emoción de la sangre y me resolví más bien acompañarlo en el cautiverio”. Esta valentía hace contrapunto a la cobardía de los tobas, que la agarran a traición: “saqué mi revólver y les hice dos tiros [...] En esto me sentí agarrada de las trenzas por los tobas que venían por mi detrás y me bajaron de golpe de caballo”. Empero lo que domina en esta parte es la confusión y la turbación: “por el polvo, la algazara de los tobas que pasaban por mi delante, ya no veía [...] perdí casi del todo los sentidos, y de turbada ignoraba lo que me pasaba”.

La segunda parte arranca en los primeros párrafos con una descripción de los sufrimientos de la cautiva: hambre, arañazos, suciedad, desnudez. “El monte bravo y la marcha forzada con que caminábamos me habían arañado toda, y la sangre me corría por las arañaduras”; Cecilia está “rendida de cansancio y del susto del día y sin comer”; “aguardaba la muerte, y sólo pensaba en encomendarme a Dios”. También sufre del

maltrato de sus secuestradores. Mientras padece, los tobas “se reían a carcajadas de verme en el estado en que me habían puesto [...] Mis dueños la pasaron conversando, riendo, y refiriéndose sus hazañas [...] Mañana y tarde me sacaban afuera y hacían andar en medio de los bailes, a presenciarlos, siendo siempre insultada”. La descripción más larga de los maltratos recibidos se refiere a la actitud de las mujeres tobas:

Sus mujeres salieron a recibirnos, quienes bruscamente, agarrándome de las trenzas, me hicieron caer de espaldas juntamente al toba que me llevaba en sus ancas. Se abalanzaron sobre mí para arrancarme los jirones de la pollera que me habían devuelto, y como la tuviese atada con el cinturón del revólver, que mi dueño me había prestado y que no sabían desabrochar, casi me matan a tirones. Finalmente me lo sacaron, y con el mismo me tiraron dos cinturazos [*sic*] en las espaldas (Oviedo 1884a: 3).

Pero la descripción de estos sufrimientos es relativamente corta. La mayor parte de este segundo momento del relato está dedicada a la historia de su rescate, y de sus idas y vueltas por el Pilcomayo con los tobas, a la espera de noticias y ‘regalos’.

La tercera parte es la redención de la cautiva. Al llegar a la misión de San Francisco, se despoja físicamente de su estado de prisionera: “Pocas cuadras antes de la misión hallé a la buena maestra doña Guadalupe Torres, mandada por los Padres para que me vistiera los vestidos propios de mi estado y condición, que para el efecto me tenían preparados de antemano, dejando los harapos de mi cautiverio”. Y Cecilia agradece, a Dios, a la Virgen, a los franciscanos y a sus parientes:

Es de mi deber expresar aquí lo agradecida que quedo a todos mis amados parientes y paisanos por las oraciones que han dirigido a la Madre piadosa de las Mercedes para mi liberación y por todos los trabajos, molestias y gastos con que han cooperado a ella. En particular modo agradezco y agradeceré siempre a los reverendos Padres por todos los empeños y atenciones que han puesto hasta verme devuelta a mi libertad [...] Que Dios los remunere a todos en el cielo: son los más sinceros deseos de ésta su agradecida redimida (Oviedo 1884a: 4).

El relato de Cecilia Oviedo es un testimonio prácticamente único, y excepcional. De hecho, en toda la América hispánica, son extremadamente escasos los relatos de cautiverio (Operé 2001: 179). En opinión de Operé la Corona española primero, y las autoridades republicanas después, desalentaron o directamente prohibieron esta clase de publicaciones porque podían poner en tela de juicio la legitimidad de su política indígena. “Los relatos de cautivos aproximan más que alejan. Humanizan, aun dentro de la sorpresa y la incomprensión” (2001: 148), y pueden también poner de manifiesto los estragos provocados por la colonización o los militares en los grupos indígenas: justificar en suma su resistencia. A la inversa, el autor sostiene que la multiplicación, en el Río de la Plata del siglo XIX, de ficciones que ponen en escena a cautivas blancas en garras de los indígenas, obedece a la misma lógica. Estas novelas que muestran a indios crueles y lascivos aprovechándose de una virginal e inocente víctima funcionan sobre estereotipos

y deshumanizan a los indígenas. Están al servicio de “una causa política, la erradicación de los indios, lo que equivalió a su exterminio” (Operé 2001: 269).

El relato de Cecilia Oviedo no es una ficción, sino la narración de un cautiverio real. Podemos aventurarnos a explicar por qué, entre todos los cautivos del Pilcomayo, ella fue la única en escribir: lo hizo, al parecer, por encargo de los Padres franciscanos. Ella misma indica al final de su texto: “He aquí la relación clara, sencilla y verídica que hago de la causa de mi cautiverio, y de lo que me ha pasado en él, para que el ilustrado público pueda rectificar cualquiera otra versión que hubiere corrido a este respecto” (1884a: 4). Tomando en cuenta que Cecilia redactó su texto en la misma misión de San Francisco (antes siquiera de volver a ver a su familia) y que una versión que ‘corría al respecto’ del rapto acusaba a los franciscanos de haberlo instigado o alentado, no es descabellado pensar que le encargaron a la joven escribir su historia para limpiarse de toda culpa. Va en este mismo sentido el hecho de que el relato de Cecilia fue publicado por *El Trabajo*, periódico abiertamente pro-franciscano de Tarija. Y no hay dudas de que, al leerlo, quedan patentes los abnegados esfuerzos de los frailes para rescatarla. Incluso en las dos oportunidades en que Cecilia deja la palabra a su dueño, Taicoliqui, lo hace como para confirmar o alentar lo que afirman y desean los franciscanos: en su primera intervención, Taicoliqui quiere que los criollos “sientan los efectos de la guerra que nos han hecho por las muertes y cautiverio de nuestras mujeres e hijos, como lo sentimos nosotros”, y apoya así la tesis defendida por Giannecchini —el asalto fue una venganza indígena contra los criollos, sin intervención franciscana—. La segunda vez, al devolver a Cecilia, Taicoliqui aboga por la paz, que es lo que desean los misioneros: “un tratado de paz y perdón mutuo, no obstante de que la voz de los vecinos era de *guerra a muerte, exterminio y arrasamiento* de los tobas y demás naciones del Pilcomayo”.³⁴

Tal vez porque los misioneros sostuvieron su pluma, el relato de Cecilia no clama, o al menos no clama directamente, por el exterminio de los indígenas. Los que sí lo hacen con entusiasmo son los parientes de la joven. Cecilia es una ‘pobre niña’, recién casada, encarnación perfecta de la dulzura y la modestia femenina; su hermano es un niño de tierna edad. Son, en otras palabras, el prototipo de la víctima inocente. José Vargas, su pariente, escribe:

Nada ha conmovido tanto a toda la provincia como el cautiverio de esta desgraciada. Joven-cita que contaría apenas 17 primaveras, de gallarda estatura y bien favorecida por la naturaleza; niña delicada por el esmerado cuidado con que su pobre madre la había criado como un adorno de su casa; de genio humilde, modales finos y carácter apacible; educada además bajo el régimen moral de sus virtuosos padres, era además un modelo de virtud para las de su sexo. Al recordar este precioso tipo de criatura tan modesta y agregar a este recuerdo todos los horrores del asalto, se pierde todo estoicismo y el corazón se desgarrar de dolor (Vargas 1884).

34 Doroteo Giannecchini: “Memoria del prefecto de misiones (Chimeo, 19.04.1885)”, AFT 1-927: 11 (énfasis de origen).

El corresponsal de *La Estrella de Tarija* describe a su vez cómo fue devuelta “esta pobre niña, después de seis meses de cautiverio entre los tobas, a la intemperie, desnuda, comiendo raíces silvestres”.³⁵

Estas notas, relativas a una cautiva real, funcionan con la misma lógica que las ficciones aludidas por Operé. En ellas, “la mujer cautiva represent[a] el cuerpo violado de la civilización cristiana” (Operé 2001: 264). El mensaje está claro, y es un llamado al exterminio de los tobas. El mismo corresponsal de *La Estrella de Tarija* escribe, en junio, en contra de las paces proyectadas y aboga por “quitar el estorbo” de los indígenas.³⁶

La hija de Taicoliqui

Cecilia misma es algo más cauta que sus parientes o paisanos. Es cierto que su relato dedica mucho más espacio a la brutalidad de los tobas que a destacar sus buenos tratos. Si la mujer de Taicoliqui le da ropa y comida, o si su dueño la arranca de las manos de las mujeres furiosas, estos gestos ocupan a lo sumo medio renglón frente a varios párrafos que subrayan la crueldad indígena. Sin embargo, como ya mencioné, estas descripciones ocupan relativamente poco espacio en el texto. La historia contada por Cecilia no es la de su cautiverio, ni la de su estadía de seis meses en el Pilcomayo: es fundamentalmente el relato de su rescate, del intercambio de cartas, regalos y noticias hasta el desenlace. Está claro que ése era su interés inmediato, y probablemente también lo que le pidieron escribir los franciscanos para dejar constancia de sus esfuerzos. También está claro que no puede esperarse un tratado de etnografía pilcomayense por parte de una joven traumada y recién liberada. No deja de ser que pasan seis meses sin que conozcamos absolutamente nada sobre los secuestradores de Cecilia. Cecilia habla de sus amos sin otorgarles consistencia ni individualidad; los invisibiliza. Aparecen nombradas Petrona Yallá y María Toba, dos mujeres que de alguna manera le prestan su ayuda, y que hablan español. Entre los hombres, sólo “el toba Chocori” y Cototo están mencionados, una sola vez cada uno. Los demás conforman un genérico ‘toba’ que no deja traslucir individualidades. El ejemplo más claro es pues el de Taicoliqui, cuyo nombre conocemos mediante otras fuentes, pero que Cecilia nunca nombra, refiriéndose constantemente a su ‘dueño’. Tampoco aparece Achuij, quien fue a pedir rescate a Yacuiba. Los secuestradores de Cecilia son, en suma, villanos sin rostro. Podrían haber sido matacos o chorotis y el relato se habría escrito de la misma manera.

Así, y sin llegar a ser tan violento como los textos escritos por sus parientes, el relato de Cecilia está construido sobre las mismas imágenes estereotipadas, las mismas categorías ideales y las mismas oposiciones maniqueas en vigor entre los criollos de la región. Para ellos, la ‘frontera’ sí existe, como una barrera que separa y opone el cristiano con el infiel, el civilizado con el bárbaro, el bien con el mal. Y sin embargo los mismos

35 La Estrella de Tarija. Diario de la tarde 1884b.

36 La Estrella de Tarija. Diario de la tarde 1884a.

hechos relatados por Cecilia difuminan estas construcciones ideales, y muestran que si estas categorías pueden ser buenas para que los criollos ‘piensen la frontera’, no dan cuenta de ella.

La historia del rescate de Cecilia y Manuel es la de una comunicación incesante entre los criollos, las misiones y la ‘tierra adentro’. Cartas, ‘regalos’ y mensajeros circulan sin cesar a través de una frontera más porosa que rígida, más abierta que cerrada. Ya mencioné esta realidad al iniciar estas líneas, y el relato de Cecilia la ejemplifica. Aquellos que circulan llevando cartas y encargos son María Toba, ni ‘blanca’ ni india, y ambas cosas a la vez; son los chanés de Itiyuru, o bien los maticos enviados por los mismos tobas: indios ‘mansos’ a ojos de los criollos, que por su sola existencia se colocan en falso en las oposiciones binarias que rigen las representaciones de los colonos. Estos ‘indios mansos’ saben lo que pasa en la ‘tierra adentro’, y siguen siendo parte del juego de relaciones interétnicas del Pilcomayo. Los chanés de Itiyuru ven su oportunidad en el rescate de Cecilia, y aprovechan para hacer su propio negocio: ‘mansos’ tal vez, pero que actúan ahí por su cuenta y no para el servicio de los criollos. El relato entero de Cecilia muestra que no pueden separarse en la realidad los mansos de los bravos, los aliados de los enemigos. Tobas como Peloco o el mismo Taicoliqui son alternativamente ambas cosas, y cambian de categoría según el momento. La frontera real es un mundo donde indígenas ‘mansos’ viven junto con los blancos y donde blancos ‘amañados’ viven junto con los indios –Luis Oliva, Condori, María, José Correa–; un mundo donde los blancos también luchan entre sí –frailes versus colonos– al igual que los indígenas sostienen sus luchas internas. En la realidad vivida de la frontera, ni siquiera funciona la mayor de las oposiciones, la que encierra a las demás y quiere dividir el mundo entre indios y blancos. Las etiquetas ideales y las oposiciones maniqueas no reflejan la realidad movediza.

Pero los criollos, y Cecilia como digna hija suya, no quieren o no pueden ver esta realidad. El texto de Cecilia no describe lo que vio en el Pilcomayo. Repite clichés, retoma categorías pre-establecidas que no se corresponden con la realidad de la frontera, y ni siquiera con la suya propia. En diciembre de 1884, seis meses después de su rescate, Cecilia Oviedo “viuda de Moral” aparece con una hija, una “criatura de pechos” recién nacida (Oviedo 1884b: 4). Resulta extraño que, en las alusiones a sus sufrimientos entre los tobas, Cecilia no aluda ni una sola vez a su embarazo, y que nadie lo mencione tampoco en el momento de su liberación. El cuadro habría resultado sin embargo aun más desgarrador y emotivo. La verdad es, pues, que la hija de Cecilia tiene muchas chances de ser la de Taicoliqui. Una niña mestiza, prueba viviente de la fusión posible entre dos mundos, que Cecilia asume en la realidad de su vida, pero que calla en su relato. El silencio que rodea a la niña afirma que los filtros que permiten interpretar la realidad son a menudo más importantes que la propia vivencia. La hija de Cecilia y Taicoliqui no podía caber en un relato sin sombras ni claroscuros.

Archivos

- ABNB Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia (Sucre, Bolivia)
 MH Ministerio de Hacienda
 MI Ministerio del Interior
 rüick Colección de manuscritos Rück
- AFT Archivo Franciscano de Tarija (Bolivia)
- ANF Archives Nationales de France (París, Francia)

Referencias bibliográficas

Anales

- 2006 [1879-1905] Anales de este Colegio Franciscano de Tarija desde el año 1879. En: Calzavarini, Lorenzo (ed.): *Presencia franciscana y formación intercultural en el sudeste de Bolivia según documentos del archivo franciscano de Tarija 1606-1936*, t. VI. Tarija: Centro Eclesial de Documentación, 1235-1484.

Arancibia, Gumercindo

- 1883 Apuntes de la expedición. El cráneo de Mr. Crevaux (Caiza, 10.10.1883). *La Estrella de Tarija*, 24.10.1883: 2.

Campos, Daniel

- 1888 *De Tarija a la Asunción. Expedición boliviana de 1883*. Buenos Aires: Jacobo Peuser.

Combès, Isabelle

- 2014 Como agua y aceite. Las alianzas guerreras entre tobas y chiriguano en el siglo XIX. *Indiana* 31: 321-349. <<http://dx.doi.org/10.18441/ind.v31i0.321-349>>.
- 2017 ¿Quién mató a Crevaux? *Un asesinato en el Pilcomayo en 1882*. Santa Cruz de la Sierra: El País/ Centro de Investigaciones Históricas y Antropológicas (CIHA).

Corrado, Alejandro

- 1884 Continuación de la historia del Colegio Franciscano de Tarija. En: Comajuncosa, Antonio & Alejandro Corrado: *El Colegio franciscano de Tarija y sus misiones. Noticias históricas recogidas por dos misioneros del mismo Colegio*. Quaracchi: Colegio de San Buenaventura, 279-503.

El Trabajo

- 1884 Otro cautivo. *El Trabajo*, Tarija, 29.07.1884: 4.

Escobar, Julio

- 1884 Carta de J. Escobar, de la agencia oficial y jefatura militar de Colonias, al prefecto de Tarija (Colonia Crevaux, 9.01.1884). *La Estrella de Tarija*, 15.01.1884: 2.

Estenssoro, Miguel

- 1884 Carta de Miguel Estenssoro, jefe principal de fortines, al prefecto de Tarija (Caiza, 9.07.1884). *La Estrella de Tarija*. Diario de la tarde, 17.07.1884: 2.

García Jordán, Pilar

- 2001 *Cruz y arado, fusiles y discursos. La construcción de los Orientales en el Perú y Bolivia. 1820-1940*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA)/Instituto de Estudios Peruanos (IEP).

- Gareca, David
1885 Carta a El Trabajo (Caiza, 12.01.1885). *El Trabajo*, Tarija, 30.01.1885: 3-4.
- Gianelli, José
1988 [1863] Relación original de las expediciones del Pilcomayo del año 1863. En: Langer, Erick & Zulema Bass Werner de Ruíz (eds.): *Historia de Tarija (Corpus documental)*, tomo V. Tarija: Universidad Autónoma “Juan Miscal Saracho”, 289-303.
- Giannecchini, Doroteo
2006 [1883] Relación de lo obrado por los Padres misioneros del colegio de Tarija en las dos expediciones fluvial y terrestre al Pilcomayo del año de 1882. En: Calzavarini, Lorenzo (ed.): *Presencia franciscana y formación intercultural en el sudeste de Bolivia según documentos del archivo franciscano de Tarija 1606-1936*, tomo V. Tarija: Centro Eclesial de Documentación, 625-666.
- La Estrella de Tarija
1884a Los sucesos de la Colonia Crevaux (15.01.1884). *La Estrella de Tarija*, 15.01.1884: 2.
1884b Carta del corresponsal (Caiza, 5.03.1884). *La Estrella de Tarija*, 15.03.1884: 2.
- La Estrella de Tarija. Diario de la Tarde
1884a Carta del corresponsal (Caiza, 25.06.1884). *La Estrella de Tarija. Diario de la Tarde*, 4.07.1884: 3.
1884b Carta del corresponsal (Caiza, 10.07.1884). *La Estrella de Tarija. Diario de la Tarde*, 18.07.1884: 3-4.
- Langer, Erick
2009 *Expecting pears from an elm tree. Franciscan missions on the Chiriguano frontier in the heart of South America, 1830-1949*. Durham: Duke Press University.
- Langer, Erick & Zulema Bass Werner De Ruiz (eds.)
1988 *Historia de Tarija (Corpus documental)*, tomo V. Tarija: Universidad Autónoma “Juan Miscal Saracho”.
- Nordenskiöld, Erland
2002 [1912] *La vida de los indios. El Gran Chaco (Sudamérica)*. La Paz: Apoyo Para el Campesino-Indígena del Oriente Boliviano (APCOB)/Plural.
- Operé, Fernando
2001 *Historias de la frontera: el cautiverio en la América hispánica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Oviedo, Cecilia
1884a Un rescate (San Francisco, 7.07.1884). *El Trabajo*, Tarija, 29.07.1884: 2-4.
1884b Carta a Modesto Leplaza (Caiza, 11.12.1884). *El Trabajo*, Tarija, 24.12.1884: 4.
- Paz Guillén, José
1886 *A través del Gran Chaco. Relación de viaje de la expedición militar boliviana en 1883*. Buenos Aires: Imprenta Jacobo.
- Raña, Eudogio
1884 Carta de Eudogio Raña, subprefecto del Gran Chaco, al prefecto de Tarija (Caiza, 9.01.1884). *La Estrella de Tarija*, 15.01.1884: 2.

- Rivas, Andrés
1882 *Espedición al Gran Chaco de Bolivia en 1864*. La Paz: imprenta de la Unión Americana.
- Socolow, Susan Migden
1992 Spanish Captives in Indian Societies: Cultural Contact along the Argentine Frontier, 1600-1835. *The Hispanic American Historical Review* 72(1): 73-99.
- Soruco, Fernando
1884 Carta de F. Soruco, comandante del trabajo de fortines, al subprefecto del Gran Chaco (Colonia Crevaux, 9.01.1884). *La Estrella de Tarija*, 15.01.1884: 2.
- Thouar, Arthur
1997 [1891] *A través del Gran Chaco, 1883-1887*. La Paz/Cochabamba: Los Amigos del Libro.
- Trigo, Leocadio
1905 El Alto Pilcomayo. Informe oficial sobre las exploraciones bolivianas. *Revista de Derecho, Historia y Letras* VIII(xxiii): 524-553.
- Vargas, José
1884 Un terrible acontecimiento (Caiza, 15.01.1884). *El Trabajo*, Tarija, 11.02.1884: 3-4.